

## A MODO DE PRÓLOGO

En la poética de Javier Martín Ríos existe una voz propia con un espacio semántico sencillo y preciso y otro sintáctico, provisto de versos acompañados que expresan la unidad de toda una obra.

Diversos elementos contribuyen a conseguir ese todo fuertemente trabado en nuestro libro *Una montaña, un mar, un jardín*. El primero de ellos es la idea de hacernos llegar su poesía a través de la contemplación y no de la acción, en la captación de la realidad sin la distorsión del pensamiento. En un segundo lugar, la forma en la que nos presenta la Naturaleza, tanto en su significado como en su dimensión; desde el respeto a ese algo que encierra las más profundas enseñanzas y desde el hombre como naturaleza. Por otra parte, notamos que los sentimientos no provienen de persona alguna, de «ego» alguno, y que se dejan al aire, aunque, a veces, se incluye a sí mismo en la escena, cuidando de no aparecer en el centro sino como parte de un todo. En cuanto al tiempo, es siempre presente o, más concretamente, instante.

Javier Martín Ríos es profesor de Lengua y Literatura Moderna y Contemporánea chinas en el Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada, ha vivido ocho años en China y es, sobre todas las cosas, poeta, como lo demuestra su libro *El mismo cielo la misma tarde* (2016), aunque su creación artística y su indagación intelectual se han repartido en numerosos géneros y modos de escritura que se distribuyen entre la prosa poética de la novela *Nala* (2001), el diario *Arde Shanghai* (2007) y el libro de viajes *Cuaderno de Yunnan* (2009), la crítica literaria y sus experiencias con los libros vertida a través de Internet y después editada en el libro *Náufragos de papel* (2018), sus ensayos dedicados a la literatura china moderna y contemporánea y su asidua y sostenida labor de traductor de poesía como la dedicada a Wen Yiduo, *Aguas muertas* (2006), Dai Wangshu, *Mis recuerdos* (2006) y Gu Cheng, *Poemas oscuros* (2014). Por esto, notamos en sus poemas las influencias del taoísmo, el budismo y el confucianismo.

Son de destacar las tres secciones que aparecen en *Una montaña, un mar, un jardín*, denominadas «Senderos de la montaña», «Variaciones sobre el mar» y «Luz de Zen en el jardín». La imagen de la montaña y la imagen del agua, entendidas como espacios centrales en los que tiene lugar su conexión con el Tao, siguen las leyes del Cielo en armonía con ese mismo Tao. La montaña, en el budismo, se interpreta como símbolo de iluminación («Una aureola de luz / corona la montaña») y,

en el confucianismo, de recogimiento («Todo es silencio, a veces roto / por el cantar de un pájaro»). El término agua se asocia a la sombra («Tu sombra prolonga tus mismos gestos»), al elemento fluyente («la voz del mar fluye en ti»), pero también se refiere a nuestro reflejo («Espejos de agua / cristales»), así como al concepto de doble. El jardín de Zen no es otra cosa que el fascinante viaje hasta el fondo de nuestra interioridad para conocernos mejor, con el compromiso de no regresar a la superficie hasta saber quiénes somos. Los versos en esta última parte son más fluidos y responden, a nuestro entender, a estados de apertura y revelación que pueden fundir los límites y abrir nuestros corazones a una realidad que está más allá del sentido limitado del yo para deleitarnos con versos que nacen de una clara evanescencia mística («Canta suavemente el pájaro solitario / y su canto en ti es gozo, sosiego, de plenitud y soledad sonora, / ritmo sin dueño que fluye en el aire»), imágenes, todas ellas, que nos invitan a seguir sus poemas desde una identidad neta y distinta que nos transporta a otra realidad cuyos símbolos necesitan otro lenguaje, a veces desconocido por la cultura occidental, pero al mismo tiempo, envolvente.

Por otro lado, en cada una de las partes que conforman el libro, se advierten indicios que dejan señalados ciertos puntos de partida en su poética, relacionados con lo que podríamos denominar *afinidades electivas*, como las de Wang Wei y María Zambrano de la sección primera, donde queda patente el misterio de lo inasible y la serena constatación del vacío cósmico, junto a la metafísica de la *señora de la palabra* («En el bosque se confunde tu sombra / con todas las sombras de alrededor. / Cielo y tierra se abrazan en la brisa»). Se encuentra presente José Corredor —Matheos en los versos «esenciales» o casi puros de la segunda parte, con formas más enunciativas («Ese barco que miras / ha vuelto para verte/ y sentir el ayer»). Son claramente del estilo de José Ángel Valente y su mística sincrética los poemas finales donde el paisaje interviene en la subjetividad, debido al rastro humano, y ya no es fundamentalmente contemplado, sino vivido y actuante («Si quedan cicatrices en el cuerpo / es porque primero hubo herida»). El poeta, no obstante, sabe que en sus versos hay huellas fugitivas de estos referentes literarios, pero siempre en sintonía con su espíritu, profundamente ético e independiente.

Así pues, entrelazando unas experiencias orientales con otras occidentales y nutriéndose de sus conocimientos y de su subconsciente, nuestro autor se sumerge en el campo semántico de la Naturaleza en toda su amplitud y yuxtapone verbos que potencian el efecto de energía y esplendor en las palabras («danza el aire, gira el sol, relumbran las gotas de rocío»). La métrica, muy sometida en cuanto a la medida de los versos, sobretodo endecasílabos, que alterna con otros de arte menor,

fluye de tal modo que no es el ritmo lo que domina, sino la tonalidad en la que se desenvuelve. Lo bueno del endecasílabo blanco es que permite una gran libertad en el creador y con una gran sonoridad, propiciada, justamente, por el tipo de verso elegido. Los sonetos de la primera y de la última parte del libro contrastan con otras formas de verso libre, y ello nos hace pensar en aquella máxima de Matsuo Basho: «Aprende las reglas y luego olvídalas».

La poesía de Javier Martín Ríos es fruto de un diálogo abierto, en busca de paz y armonía, algo insólito en nuestro mundo de ruidos, prisas y nihilismo. Estamos, en fin, ante un libro en la línea de Octavio Paz, que pretende devolver a la poesía una vigencia, hoy perdida, de elementalidad para lograr, desde lo pequeño, que fluya el tejido vital de nuestra propia naturaleza.

*Una montaña, un mar, un jardín* está dotado de esa aura y de ese perfume inconfundible del amor bondadoso como gran verdad y luz que redime a quien, con humildad, lo acoge en su seno. Desde ahí, desde su «centro» de poeta auténtico, nuestro autor nos revela una poesía honda, clarividente y trascendente, porque no se nutre de la razón, sino del alma apasionada, y porque siente la palabra como si se tratase de su propia vida, algo que solo unos pocos consiguen hacernos llegar con tanta sabiduría.

Carmina Moreno Arenas